



Soldados norvietnamitas sobre los restos de uno de los B-52 derribados por su artillería antiáerea en la provincia de Binh Phu, a veinte kilómetros de Hanoi.



Tras el bombardeo, el recuento de las víctimas, cuya identificación sólo es posible —como en el presente caso— a base de tomar las huellas digitales.

talla abierta contra la Presidencia. Hay que advertir que el Presidente tiene en sus manos, según la Constitución, medios suficientes para continuar la guerra a pesar del Congreso, pero que esta insurrección abierta de los representantes del pueblo puede serle muy dura. Nixon sabe que difícilmente puede gobernar el país si mantiene esta enorme tensión en la sociedad. Como hemos dicho muchas veces, el Presidente no parece tan dueño de sus actos como para dar la imagen que sin duda desea, como para llegar a una paz que le abriría el camino de la Historia, con el que sin duda sueña.

TODO lo dicho parece centrar la idea de que la negociación iniciada el lunes 8 en París puede mostrar a unos vietnamitas efectivamente presionados por el miedo al terrorismo aéreo, aunque no nos lo parezca a nosotros; pero que, sobre todo, quien acude en peores condiciones es Kissinger y la delegación de Estados Unidos. Con un país tanso, un Congreso amenazador, un riesgo en la deterioración de la apertura hacia la URSS y China —que es fundamental en su etapa política actual— y una crisis de confianza y credibilidad en el mundo occidental, mientras está pendiente de una importante serie de negociaciones de coexistencia —la conferencia de seguridad y cooperación en Europa, las SALT—, y con la noción de que verosimilmente los bombardeos a tan alta escala se deben reanudar, Kissinger es lo más lejano que se pueda imaginar a la idea que se quiere dar desde Washington. Es decir, la del hombre que tiene intactas las iniciativas. Muchas veces, lo que se llama «una posición de fuerza», por la exhibición de poderío o de dureza, es la posición más débil.

TIENE razón Nixon cuando, reunido con los congresistas el viernes pasado —para responder a las acusaciones del Congreso— se mostró pesimista y dijo que ha aceptado las nuevas negociaciones «porque nunca se pierden del todo las esperanzas». La paz está lejos. Pero la guerra, por lo menos por parte de los Estados Unidos, parece cada vez más imposible de continuar. En octubre estaba «al alcance de las manos», como dijo Kissinger en una frase que luego le ha sido mil veces reprochada; pero realmente lo estaba. En enero va a ser más difícil, más costoso, más penoso. No imposible, porque precisamente lo imposible es que la guerra continúe, y no hay ya camino de vuelta. La brutalidad de los bombardeos de diciembre lo ha hecho así.

SADAT Y LOS ESTUDIANTES

El 29 de diciembre, la tensión en los centros universitarios egipcios se agudizó por la detención de un número elevado de estudiantes. Comenzaron a producirse disturbios, que culminaron en enfrentamientos de gran violencia el 3 de enero; el 5, las autoridades cerraron todos los centros universitarios del país, adelantando, sin previo aviso, en ocho días las vacaciones —que deben terminar, según el calendario escolar egipcio, el 26 de enero—; detuvieron a medio centenar de estudiantes y publicaron notas oficiales y oficiosas atribuyendo la responsabilidad de los sucesos a «personas ajenas a la Universidad» y a «minorías muy reducidas», advirtiendo a los estudiantes que, con su actitud, están sirviendo «a los intereses del imperialismo».

El movimiento de El Cairo, su represión y su contrapropaganda, tienen, por lo tanto, características muy similares a los que han agitado numerosos países del mundo, de muy distinta condición política, social y económica —Francia, Yugoslavia, Estados Unidos, Italia, Checoslovaquia, México— en la década de los sesenta y que hoy parecen notablemente disminuidos, aunque la tensión, la incomunicación entre los jóvenes y las capas senatoriales y directivas de las sociedades, sigan siendo elementos muy visibles y muy característicos de nuestro tiempo. Pueden reaparecer con cualquier motivo. Por ejemplo, en Francia, con el caso Mercier (la joven profesora de Filosofía que habló de cuestiones sexuales en clase y fue denunciada por el padre de una de las alumnas, coronel del Ejército) tiene a punto de huelga a estudiantes y profesores.

De una manera genérica, por tanto, el caso egipcio puede equipararse a otros en su sentido de indicio y repetición de algo: que de alguna manera se ha roto en el mundo la continuidad de las edades. Pero la facilidad del esquema y de las fórmulas políticas empleadas, no debe hacernos olvidar la peculiaridad del caso egipcio: un país frustrado dos veces —por la suspensión de la guerra y la paz, que impide una organización de la sociedad en un sentido o en otro; por la muerte y la sucesión de Nasser—, con una revolución realizada a medias, con unas vacilaciones políticas en las elecciones de caminos que generalmente se resuelven con la represión, la censura y los impedimentos para su propio pueblo. El manifiesto emitido por los movimientos juveniles pidiendo la solidaridad mundial —la misma, dicen, que se ha elevado en favor de Vietnam y de la resistencia palestina—, emite las acusaciones que son también habituales en los movimientos contestatarios —contra el terror policiaco, contra el nuevo fascismo, contra la opresión a la democracia—, pero expresa muy rotundamente su programa político inmediato: «La juventud de Egipto quiere ejercer su derecho legítimo y pasar a la acción para expulsar a los ocupantes, acabar con el terror y edificar la democracia en beneficio de todos los egipcios». Es decir, que hace suya la bandera de la continuación de la guerra contra Israel hasta expulsarlo de los territorios ocupados. Esto hace que puedan sumarse a la situación fácilmente otras clases de edad que mantienen una posición semejante, y mucho más próxima a los puntos de vista de las organizaciones palestinas que a los del Presidente Sadat. Este ha calificado ya esa tendencia de «izquierdismo aventurista», pero la calificación es demasiado fácil mientras no demuestre que por su propia vía puede recuperar los territorios perdidos y contribuir a la solución del problema palestino. Algunos periódicos de El Cairo (aunque no, naturalmente, el oficioso Al Ahram, que condena el movimiento) han dejado ya entender que los estudiantes no son agitadores ni están manejados desde el exterior, sino que obedecen a un impulso patriótico.

Con las Universidades cerradas y ocupadas por la Policía, las vacaciones hasta el 26, y los estudiantes más comprometidos en la cárcel, en espera de una decisión de procesamiento que puede hacerse esperar durante bastante tiempo, el tema está momentáneamente sofocado; pero la tensión de fondo, no. Y puede estallar en cualquier momento. ■ J. A.